



Aunque la mona se vista de seda...

Cada tanto, en revistas y documentales de TV, científicos "muy serios" afirman que el hombre sólo es un animal más evolucionado que otros, sin ninguna diferencia esencial sino únicamente de grado, y todo esto apoyado por la teoría evolucionista (hace décadas en crisis, ciertamente). Pero, si prestamos un poco más de atención, notaremos la diferencia esencial que hay entre el comportamiento humano y el animal, y del abismo que hay entre "ellos" y "nosotros".

Texto: Pablo Marini* / Ilustración: Gastón Lentini

Parecen nuestros primos

Ir al zoológico puede convertirse en una aventura apasionante... filosóficamente hablando. Hace algunos años, con mis hijos (¿vieron cuántas veces los mayores nos divertimos más que los chicos?), estaba frente a la jaula de los mandriles y ocurrió algo notable. Los mandriles, además de ser unos animales "muy inteligentes", son peligrosos. Por eso se los coloca en unas jaulas con un techo cónico ligeramente inclinado y rejas muy cerradas para que ni siquiera puedan sacar los brazos. Sólo en un sector de la jaula, que está fuera del alcance de las personas visitantes, pueden sacar las manos. Estábamos observándolos y divirtiéndonos con sus morisquetas, junto a unas quince personas más, cuando alguien, demasiado entusiasta, tiró un trozo de salchicha que fue a parar al techo de la jaula. Allí se quedó trabado entre los alambres, ante la mirada desesperada del primate que veía cómo fracasaban sus intentos de agarrar la comida con sus dedos. Fue entonces cuando ocurrió. Como si fuera el protagonista de *Juvenilia*, de Cané, al mono "se le ocurrió una idea brillante". El mandril comenzó a golpear, con golpecitos muy medidos, el techo inclinado de la jaula. De repente, la terca salchicha, que no quería destrabarse, comenzó a rodar y parecía que iba a caer al suelo, pero el mono, sacando su mano por el lugar libre, la atajó en el aire. Y se la comió. Todo esto fue en un segundo. Miré a los chicos, miré a la gente. El público estaba igual que yo, boquiabierto y asombrado. Hubo un momento de desconcierto. Y enseguida, una unánime ovación en medio de aplausos y el griterío generalizado. Después seguimos el resto del recorrido, pero sin olvidar la tremenda impresión que nos había causado esa "evidente demostración de inteligencia animal".

El mono, sacando su mano, atajó la salchicha en el aire. Y se la comió. Todo esto fue en un segundo. Miré a los chicos, miré a la gente. El público estaba igual que yo, boquiabierto y asombrado.

Pero, ¿lo son...?

Conocemos los ejemplos de brillantes demostraciones de este tipo de "inteligencia" en simios superiores. Y no sólo en ellos. También se ha verificado que ciertos cuervos de Nueva Caledonia pueden construir herramientas sencillas con metales para, por ejemplo, conseguir comida. O las maravillas de tantos perros y caballos. O lo que pudo también constatar la ahora famosa Dian Fossey, fallecida en 1985 (¿se acuerdan de la película "Gorilas en la niebla"?). O los experimentos de Köhler y Thorndike. Pero todas estas situaciones deben presentarse siempre completas *simultáneamente* formando un *complejo óptico* presente que está relacionado con la supervivencia. Los animales están determinados por lo sensible y no tienen percepción alguna o anticipación de lo no-presente. Para los animales es imposible la captación de las cosas en cuanto tal cosa.

Es muy conocido un experimento que demuestra la distancia abismal entre la inteligencia humana y la "inteligencia" animal. En definitiva, la distancia infinita entre el espíritu y la materia. Pavlov coloca a un simio en una gran balsa que flota en el centro de un lago. Entre el lugar donde se sitúa el simio y aquel donde se le proporciona el alimento, hay un aparato que produce fuego. Pero también hay un depósito de agua y un balde. Al mono se le enseña a sacar agua del depósito con el balde, apagar el fuego y llegar a la comida. Por lo demás, el mono sabe refrescarse en el lago cuando hace calor. Pero un buen día se quita el agua del depósito. El simio, desconcertado, sigue metiendo el balde en el depósito vacío sin pensar que puede llenarlo con el agua del lago. ¿Por qué? Esta es la respuesta de Pavlov: porque «no tiene una idea general, abstracta, del agua como tal; en el nivel en que se sitúan los antropoides no se produce aún la abstracción de las propiedades específicas de los objetos». El animal siempre verá en el agua una sustancia capaz de saciar su sed, o el peligro de ahogarse, o la posibilidad de encontrar alimento: siempre algo en relación con su propia supervivencia. El hombre, al contrario, percibe el agua como realidad objetiva, y gracias al estudio de sus propiedades aprende a encauzarla o a navegar sobre ella, la evapora o la congela, la usa para regar sus campos o para mover turbinas. Todo ello, porque sabe, en alguna medida, lo que el agua ES. Aquí en la Argentina, un perspicaz (y divertido) investigador de todo esto, Raúl Leguizamón, se reía de los prejuicios de algunos investigadores que pretenden ignorar la maravilla de lo espiritual simplemente porque son materialistas. Se preguntaba por qué en vez de tratar de enseñar a hablar a los monos no trataban de hacerlo con los loros, que parecen mucho mejor capacitados. Y se respondía: "muy sencillo, porque el loro, de acuerdo con la hipótesis darwinista, no es ni remotamente antepasado del hombre. Aunque algún pícaro sostiene que, si bien el loro no es antepasado del hombre, sí lo sería de la mujer. Pero esto, parece, no tiene suficiente respaldo científico..." ■

* Lic. en Filosofía. Profesor de Teología, Filosofía y Moral en la Universidad del Salvador y docente del Doctorado de Historia y Letras de la USAL.